

## SOMOS PACIFISTAS REVOLUCIONARIOS

Hace ahora un año de las grandes movilizaciones que recorrieron el mundo contra la guerra en Iraq. Un año que empezaba una guerra cuando aún continuaba otra en Afganistán.

Desde el 11S., el sistema que domina con EEUU a la cabeza, ha declarado la guerra al terrorismo desatando guerras. Terrorismo y guerra, ésta es la pinza en la que millones de seres humanos vivimos en cualquier punto del planeta, y por la que millones de personas son víctimas directas e indirectas.

Desde estas páginas no es la primera vez que denunciemos el terrorismo como hijo del sistema, en su lógica, en sus prácticas, en sus métodos y sobre todo en su desprecio a la vida. El terrorismo tiene su origen en los Estados.

Estados que utilizan el terror contra sus propios pueblos, contra otros pueblos, contra otros Estados.

La historia más reciente nos proporciona demasiados ejemplos de cómo los estados son maestros en terrorismo. Desde el nazismo, que fue fuente de inspiración y de admiración de los estados democráticos hasta que se les fue de las manos; al estalinismo, que en connivencia con el sistema del que formaba parte envenenó las conciencias, liquidó procesos revolucionarios y supuso la muerte de cientos de miles de personas; o las dictaduras militares apoyadas, financiadas e impulsadas por EEUU en Latinoamérica que torturaron y asesinaron durante décadas impunemente con la complicidad de los estados democráticos.

Este sistema que nace en la Segunda Guerra Mundial, se expresa con la mayor expresión de terror y prepotencia de que era capaz: Hiroshima.

La guerra forma parte de la cotidianidad de millones de personas, guerras declaradas y a menudo no declaradas. Guerras de los Estados contra los pueblos como en Palestina o en Chechenia; guerras entre estados; entre etnias que siembran y alimentan el terror como en África. Hay guerras contra los inmigrantes y también las la más antiguas de las guerras, la patriarcal con las mujeres. Hay otras formas de guerra como el hambre, las enfermedades, las epidemias, etc. Podríamos decir que la guerra en sus diferentes variantes es "normal" o mejor dicho, es la "norma". El terrorismo, en sus diferentes variantes, ya sea religioso, nacionalista, etc. en su pretendida lucha contra el sistema, forma parte de la misma lógica bélica y estatalista, busca el poder a través de la violencia y asesina a quienes "jura querer liberar".

Hay una minoría en el mundo que inflinge y hace la guerra a la inmensa mayoría y lo hace porque no puede ni sabe hacer otra cosa, porque la política ya no sirve para gobernar el mundo, porque cada vez la separación entre los estados y la sociedad es mayor, porque no conocen ni entienden a la gente, porque no pueden ofrecer nada a la inmensa mayoría de la población mundial que no sea miseria y muerte, porque millones de seres humanos se rebelan, luchan por salir del horror, buscar vivir mejor, buscan la paz.

Oímos permanentemente hablar de paz a quienes usan la violencia. Se pacifica con tanques y levantando muros. Se hacen "acuerdos de paz" que mueren antes nacer y que conllevan en sí pueblos enteros divididos, culturas aplastadas, millones de refugiados, fronteras.

Para millones la paz es un corto respiro entre guerras.

Las religiones han hecho bandera de la paz. En nombre de Dios y de la paz han invadido pueblos, han hecho cruzadas y guerras santas y asesinando "infieles", han ayudado a morir en paz y prometiendo la paz eterna, han hablado de paz de espíritu como horizonte intimista e individualista.

La paz puede ser un término al que acostumbrarse cínicamente, sobre todo en occidente. Se brinda con champán por la paz mundial.

A veces se entiende la paz como la ausencia de conflictos, es común decir: “no quiero problemas, déjame en paz”, o se asocia a un estado de calma, de inactividad, de “no pensar en nada”.

La paz puede ser una búsqueda individualista o un destino metafísico.

Sin embargo la paz ha sido y es una exigencia de vida para la humanidad. Contraponiéndose a las guerras millones de mujeres y de hombres han luchado, se han rebelado, se han revolucionado.

En la España del 36 no sólo se enfrentó y combatió la guerra sino que haciéndolo se puso en marcha una de las revoluciones sociales más altas. Millones de revolucionarios y revolucionarias colectivizaron y empezaron a afirmar iniciales elementos de socialización. La paz no era sólo parar la guerra ni sólo ganar la guerra, la paz sólo se garantizaba si la revolución seguía adelante, profundizándose, afirmándose.

La paz y la libertad van íntimamente ligadas a las esperanzas y los sueños de la humanidad.

Sin embargo, y entre las muchas contradicciones de las revoluciones, también la del 36, está la de la violencia. Terror rojo, violencia revolucionaria que ha sido defendida y teorizada por gran parte de la izquierda revolucionaria, justificando no sólo la muerte del “enemigo” sino la de los propios protagonistas de la revolución. Esto ha supuesto un gran obstáculo para las revoluciones y su posible desarrollo y para las conciencias. Es un drama cultural, teórico y humano que pesa en gran parte de la izquierda revolucionaria y en él reside gran parte de la lógica resistencialista e incluso justificación de cierto terrorismo.

Los medios y los fines se desencuentran para terminar encontrándose, otra vez la lógica de la política, otra vez la lógica estatalista.

Hace un año de las inmensas movilizaciones contra la guerra que nos aunaron a tantos y tantas, personas de diferentes países, de diferentes géneros y edades, de diferentes colores e ideas. Aunados por una misma exigencia, por un mismo anhelo de paz. Desde estas páginas hemos reflexionado y seguimos haciéndolo sobre su significado, sus límites y sus posibilidades. La paz puede ser revolucionaria porque es contraria a la esencia del sistema pero podemos cualificarla y calificarla; inventarla y alimentarla; crearla y quererla; construirla y afirmarla.

La paz puede ser para cada uno un objetivo a alcanzarla, un motivo de superación y autosuperación si buscamos, descubrimos, inventamos, afirmamos las mejores facultades, aquellas que nos identifican como humanos y anulamos o quebramos las peores que son parte también de nosotros con coraje y disciplina para combatir dentro de nosotros y en los demás el egoísmo afirmando permanentemente la generosidad. Una generosidad nueva que no espere pagos a cambio aunque sí reciprocidad; combatir los odios, las envidias, el miedo a lo diferente o “al” diferente afirmando un nuevo amor, un amor sin exclusividades, sin instrumentalismos, un amor que traspasa las líneas consanguíneas buscando un nuevo concepto de agregación humana, que busca en los demás lo que acomuna antes que lo que divide, que no tiene límites en fronteras ni en colores, ni en edades ni en géneros.

Buscar la paz como elección existencial, individual, expresándola y viviéndola colectivamente aprendiendo a escuchar y a transmitir, aprendiendo a dialogar, buscar lo que nos acomuna sin renunciar a las diferencias a la propia identidad. Construyendo nuevas relaciones basadas en la cooperación, en el bien común y propio.

La inmensa mayoría de los/las habitantes de este planeta sentimos la necesidad y la urgencia de la paz, pero entonces ¿qué pasa, de qué depende, o mejor, de quién? Desde luego no de los Estados o de sus instituciones. Empezar a pensar y a pensarse como artífices de la paz, como protagonistas de la propia vida empezando a hacerlo ya, construyendo formas de organización humana que empiecen a discutir, aarquitectar, a realizar otra forma de actuar y vivir, autoorganizándose en barrios, en trabajos, en escuelas, tomando en las propias manos el futuro sin delegar en nadie. Sabemos, o al menos intuimos, que la política y los políticos van por caminos diferentes a nuestras esperanzas y a

nuestros sueños de vivir mejor, entonces... por qué delegar y esperar de ellos lo que históricamente han demostrado que no pueden ni quieren dar. Los Estados y sus grandes y pequeñas maquinarias insisten permanentemente en que nada se puede cambiar, en que este es el mejor sistema posible o el menos malo porque son conscientes de que el protagonismo de la sociedad pone en peligro todos sus pilares, lo temen y por eso lo combaten y en eso están unidos todos, desde los más totalitarios hasta los más izquierdistas, incluso los revolucionarios.

Entonces afirmar la paz es una elección. Para los socialistas libertarios, el pacifismo revolucionario es una premisa para la revolución socialista consciente porque estamos convencidos de que está podrá dar un giro a la historia, desviarla si antes se han afirmado estas premisas, los gérmenes de un futuro posible. Por eso consciente.

• **Nieves Domingo**

Boletín Socialismo Libertario Nº 51, Marzo 2004

<http://www.socialismolibertario.org/>